

PRÓLOGO

¿CUÁL ES EL SECRETO DE LOS SANTOS?

«Celina, ¿crees que santa Teresa recibió más gracias que tú...? Yo no te diría que te fijaras en su santidad seráfica, sino que seas perfecta como tu Padre celestial es perfecto... Sí, Celina, nuestros deseos *infinitos* no son sueños ni quimeras, ya que Jesús mismo nos ha dado este mandamiento»¹.

Estas palabras de santa Teresita del Niño Jesús a su hermana Celina me parecen especialmente luminosas. En efecto, si nos planteamos en serio nuestra vida cristiana, debería resonar con fuerza en nuestra conciencia la llamada de Jesús en el *Sermón de la Montaña* a la que alude la santa doctora: *sed perfectos, sed santos...*

Lógicamente, esa llamada divina, como le pasaba a Celina, nos lleva a pensar en los santos y santas más conocidos, más populares: ¿de verdad Jesús me pide que sea como santa Teresa de Jesús; como san Francisco de Asís, san Agustín o santo Tomás de Aquino; como santa Catalina de Siena, la misma santa Teresita, o santa Teresa de Calcuta?

Y ese objetivo nos puede parecer entonces un imposible, porque tendemos a fijarnos demasiado, también como Celina, en los aspectos llamativos de su santidad: lo «se-

¹ Santa Teresa del Niño Jesús, *Cartas*, n. 107

ráfico» (la transverberación y los éxtasis) de santa Teresa; los estigmas de san Francisco; las obras maestras de la filosofía y la teología de san Agustín o santo Tomás; el atrevimiento y descaro de santa Catalina ante papas y príncipes del mundo y de la Iglesia; o el heroísmo en la atención de los más pobres entre los pobres de la Madre Teresa... ;Y hasta el *caminito* de infancia espiritual de santa Teresita nos puede parecer inalcanzable!

Y no se trata de eso, nos advierte precisamente ella (la más joven doctora de la Iglesia): ese puede ser un aspecto (y no el esencial) de *su* santidad: la personal de esa santa o santo; pero no es *la santidad*: la perfección a la que Dios nos llama a todos (porque efectivamente la llamada divina a la santidad es universal, a todos y a cada uno).

Entonces, ¿cómo hago yo para ser santo, si no soy «seráfico», ni estigmatizado, ni gran doctor de la Iglesia, ni vivo entre los pobres y moribundos de Calcuta?

Sí, ya procuro vivir los mandamientos; recibir los sacramentos periódicamente; rezar, un poco al menos, todos los días; tratar bien a los que me rodean; trabajar honradamente y ser buen ciudadano; resignarme cristianamente con las enfermedades y dolores de la vida...

La verdad es que todo eso ya es mucho: ¡ojalá la mayoría de los cristianos bautizados viviéramos de verdad así!

Pero pensar en la santidad, pensar en los santos, nos invita a ir más allá. Está claro que no se han limitado a ser buenas personas, buenos cristianos: ¿Qué es lo que me falta para ser como ellos? ¿Qué tenían, qué han hecho los santos canonizados que yo no hago, que yo no tengo? ¿Cuál ha sido su secreto? No el secreto personal de santa fulanita y san menganito, sino aquél que hace que ellos, ¡y cualquiera!, pueda ser y llamarse realmente *santo*.

¿Cuál es el secreto de los santos?

En mis más de treinta años de dedicación al estudio de la vida y la enseñanza de los grandes santos y santas de la historia, me he hecho con frecuencia esta pregunta. Con carácter personal, y también científico: para poder focalizar el estudio de la espiritualidad cristiana desde su punto clave.

Al principio, solía responder que la clave está en el *amor a Dios*: amor intenso, profundo y abarcante, que da sentido a toda su vida y a cada una de sus acciones. Sin duda, el amor, la caridad es decisiva: técnicamente se puede decir que es la esencia de la santidad, la razón formal de la santidad...

Pero no me sentía completamente satisfecho con esa respuesta.

En un segundo periodo, solía añadir a esa respuesta un componente que cada día me parece más decisivo: la *humildad*. Los santos son, ante todo, personas humildemente enamoradas de Dios; con la humildad audaz y atrevida del que se sabe nada y busca con afán llenar esa nada con el Todo del Amor divino. Porque los santos llegan a ser auténticos ‘descarados’, ‘locos’ de amor, en medio de una desarmante sencillez.

Sin embargo, la intuición teológica y el corazón aún me pedían más: ¿cómo consiguen llegar a esa humildad enamorada, tan sencilla y atrevida a la vez?

Después de más lecturas y reflexiones, intentando individuar ese secreto, me pareció intuirlo por fin; y después no he hecho sino afianzarme en ese descubrimiento: una santa, un santo, no es solo alguien que se enamora profundamente de Dios, sino, antes y más en el fondo todavía, *alguien que descubre y siente en toda su radicalidad lo que significa ‘Dios me ama’, ‘Dios se ha enamorado de mí’.*

El santo es alguien que ha entendido y experimentado, íntima y personalmente, lo que significa de verdad el «Dios es Amor» y «Él nos amó primero» de san Juan (1 *Jn* 4, 8.16.19) —uno de los primeros ‘locos’ de amor del cristianismo—, y se ha dejado llenar por ese Amor. Insisto: no tanto que se ha enamorado, sino que *se ha dejado enamorar*.

Quizá la expresión bíblica más rotunda de esta idea sea la oración del profeta Jeremías: «Me has seducido, Señor, y me he dejado seducir» (*Jer* 20, 7)

La santa, el santo, se queda completamente asombrado, anonadado, al descubrir, convencido de que no lo merece en absoluto, todo el Amor divino que se vuelca en ella o en él; y no puede menos que responder con todo su ser a ese Amor: no puede sino dejarse ‘seducir’, ‘arrebatar’, ‘emborrachar’, ‘enloquecer’ de amor a Dios.

«Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame, sí, que te diga que tu amor llega hasta la locura... ¿Cómo quieres que, ante esa locura, mi corazón no se lance hacia tí? ¿Cómo va a conocer límites mi confianza...?»²

Desde esa perspectiva enamorada, las almas santas van descubriendo y redescubriendo las maravillas del amor divino...

De un Padre tiernamente enamorado de cada hija y cada hijo suyo: «Descansa en la filiación divina. Dios es un Padre —¡tu Padre!— lleno de ternura, de infinito amor. Llámale Padre muchas veces, y dile —a solas— que le quieres, ¡que le quieres muchísimo!: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo»³.

² Santa Teresa del Niño Jesús, *Manuscritos autobiográficos*, Ms. B, 5 v°.

³ San Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 331.

Un Padre que me quiere con el mismo amor con el que ama infinita y continuamente a su Hijo unigénito, que se ha encarnado, enviado por el Padre, precisamente para descubrirnos los tesoros inagotables del Amor divino y llenar con ellos nuestras pobres almas:

«¿Cuál fue la razón de que colocases al hombre en tanta dignidad? El amor inestimable con que contemplaste dentro de ti a tu criatura. Y te enamoraste de ella. Luego la creaste y le diste el ser por amor, a fin de que paladease tu sumo y eterno bien. Veo que por el pecado cometido perdió la dignidad en que la pusiste (...) Tú, movido por el mismo ardor con que nos creaste, quisiste establecer el remedio (...) Por ello nos diste el Verbo de tu Hijo unigénito, que fue intermediario entre nosotros y Tú (...) ¡Oh insondable caridad! ¿Qué corazón puede ser tan fuerte que no se quiebre?»⁴

Un Padre y un Hijo (un hermano, un amigo íntimo) que nos dan —que me dan— el mismo Amor paterno-filial con el que ellos se quieren, el Espíritu Santo, para que, viviendo en nosotros —en mí—, podamos responder a su Amor con su mismo Amor.

«Si no existiera el Espíritu Santo, no podríamos decir: ‘Señor, Jesús’, pues nadie puede invocar a Jesús como Señor, si no es en el Espíritu Santo (cfr. *1 Cor* 12, 3). Si no existiera el Espíritu Santo, no podríamos orar con confianza. Al rezar, en efecto, decimos: ‘Padre nuestro que estás en los cielos’. Si no existiera el Espíritu Santo no podríamos llamar Padre a Dios. ¿Cómo sabemos eso? Porque el apóstol nos enseña: ‘Y, por ser hijos, envió Dios a nuestros

⁴ Santa Catalina de Siena, *El Diálogo*, n. 13.

corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abbá, Padre? (*Gal 4, 6*). Cuando invoques, pues, a Dios Padre, acuérdate de que ha sido el Espíritu quien, al mover tu alma, te ha dado esa oración»⁵.

Un Dios que manifiesta su Amor por mí de la forma más conmovedora: perdonándome de verdad, perdonándome siempre, perdonándome lo que sea. Un Padre que me ha perdonado ya, antes incluso de que inicie mi camino de arrepentimiento: para eso ha muerto su Hijo en la cruz. Un Padre que está siempre esperándome con los brazos abiertos, oteando el horizonte para descubrir el más mínimo signo del hijo pródigo que regresa, para cubrirme de besos, y derramar su infinito Amor —una vez más, las veces que haga falta— en mi corazón (cfr. *Lc 15, 11-32*).

Un Dios amante y enamorado que está siempre a mi lado, pendiente de mí, ilusionado con cada una de mis pequeñas cosas, dándose del todo a mí, aunque yo tantas veces pretenda aprovecharme egoístamente de su amor; o sencillamente ni me acuerde de Él, ni me dé por enterado de sus desvelos por mí.

«¡Oh Señor mío, qué bueno sois! ¡Bendito seáis para siempre!; alaben os, Dios mío, todas las cosas, que así nos amasteis de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación que aún en este destierro tenéis con las almas; y aún con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad; en fin, Señor mío, que daís como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras! (...) Pues que hagáis a almas que tanto

⁵ San Juan Crisóstomo, *Sermo I de Sancta Pentecoste*, nn. 3-4 (PG 50, 457).

os han ofendido mercedes tan soberanas, cierto, a mí me acaba el entendimiento; y cuando llego a pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes no sabe cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces»⁶.

Todo esto, desde luego, puede sonar a conocido (¿debería sonar a conocido, en un cristiano medianamente formado!); pero los santos no solo lo conocen, sino que lo *saben* (lo *gustan*, lo *disfrutan*, lo *aman*): lo saben con su corazón, con todo su ser, no solo con la cabeza; lo saben porque lo sienten, lo experimentan, lo viven, desde el fondo de su alma; lo saben, porque se dan cuenta de que es el único Amor que vale la pena, porque dejan que sea el primer Amor de su vida y, en él, reencuentran así todos los otros amores engrandecidos, divinizados.

¿No es explicable que se sientan *locos de amor*? ¿No debería sentirme yo también loco de amor?

«¿Saber que me quieres tanto, Dios mío, y... no me he vuelto loco?»⁷

Entre los muchos y ricos enfoques que nos ofrece la experiencia y la enseñanza de los santos para profundizar en ese Amor divino que llega hasta la locura, y aprender así a corresponder con toda la intensidad de nuestra alma, quiero en estas páginas destacar el de la paternidad de Dios y nuestra filiación divina⁸.

⁶ Santa Teresa de Jesús, *Vida*, c. 18, 3.

⁷ San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 425.

⁸ Alguno de los capítulos de este libro son reelaboraciones de artículos ya publicados; y todo el contenido es fruto de un gran número de horas de clase a un público muy variado: laicos y sacerdotes, seminaristas y religiosas, jóvenes y matrimonios...

No se trata, sin embargo, de un estudio sistemático sobre esas realidades teológico-espirituales, sino de un conjunto ordenado de reflexiones sobre varios temas centrales de la vida espiritual y la santidad, vistos desde la perspectiva del amor paterno-filial entre Dios y el cristiano.

Pretendo ofrecer, al menos, una descripción de algunos rasgos de esa *intimidad de amor con Dios* que cada uno de nosotros puede y debe aspirar a alcanzar, y a disfrutar, en camino hacia la unión de amor definitiva, plena, maravillosa, infinita... del cielo.

Advierto desde el principio que he dejado para un segundo libro (ya muy avanzado en su redacción), titulado *Diálogo de amor con Dios*, la manifestación más importante y decisiva de esa intimidad: la *oración*. En parte, por no alargar demasiado este texto; en parte, precisamente, por esa importancia decisiva que tiene la oración en la santidad cristiana; y finalmente, por ser la realidad espiritual sobre la que he tenido más ocasión de estudiar y explicar en estos últimos años: ¡ojalá pudiera añadir: y de vivir!

También advierto que no pretenden ser, ni mucho menos, libros para especialistas, ni son necesarios particulares estudios teológicos para sacarles provecho. Aunque sí procuro mostrar la hondura teológica que contiene la enseñanza de los santos, no solo sus aplicaciones prácticas: ellas y ellos nos desvelan, en efecto, los secretos del Amor divino no como un mero sentimentalismo, sino ayudándonos a intuir lo más profundo de su misterio, para conducirnos así a un amor profundo, sólido, bien arraigado en el corazón y, por eso mismo, desbordante en todas las manifestaciones de la vida: hacia todos los que nos rodean, hacia la humanidad entera.

Por otra parte, los textos citados en este prólogo pretenden ser paradigmáticos tanto del contenido como del método de este libro, y del que seguirá en breve sobre la oración. En efecto, me propongo presentar una reflexión sobre la vida espiritual, en cuanto intimidad de amor con Dios, inspirada en la experiencia y la enseñanza de los santos: lo que la lectura, el estudio y, sobre todo, una *contemplación teológico-espiritual* de la doctrina y la experiencia interior de diversos santos y santas me lleva a concluir, como síntesis común a todos ellos.

Utilizo, principalmente, las experiencias y enseñanzas de algunas santas y santos que suelen ser reconocidos como *maestros* principales de la vida espiritual: bastantes de ellos han sido nombrados *doctores de la Iglesia*; y otros, me aventuro a pronosticar que lo serán también tarde o temprano: como es el caso de santa Edith Stein, san Josemaría Escrivá o san Juan Pablo II.

No se trata de un trabajo exhaustivo: faltan aquí, sin duda, muchas otras fuentes enriquecedoras; pero, a través de los textos citados, he pretendido reflejar los aspectos que me parecen más universales de la enseñanza de esos santos, y que podrían, por tanto, ser puestos fácilmente en boca de otros y otras. Todo ello con la intención de que puedan ayudar y orientar en su vida interior a cualquier cristiano, sea cual sea su vocación y su condición.

He procurado prescindir, en consecuencia, de toda distinción de escuela, diversificación de tendencias espirituales, etc.; y extraer, en cambio, sus contribuciones a ese rico patrimonio común que es la espiritualidad cristiana. Lo que me interesa —y me ha interesado siempre en mi tarea docente, porque me parece lo realmente útil para el alumno, y también lo más apasionante científicamente de

la Teología espiritual—, es lo común a esas vidas santas, lo que cualquiera puede vivir, lo que ayuda a que cualquiera podamos ser santos⁹.

De esta forma, deseo presentar algunas ideas que tengan, por una parte, un carácter y una aplicación lo más universal posible, y por otra, estén apoyadas en autoridades teológicas contrastadas. Efectivamente, la filiación divina, como condición común y básica del ser cristiano, puede y debe ayudarnos a todos en el camino de nuestra vida espiritual; y la experiencia y la enseñanza de aquellos que han recorrido con éxito ese camino es la mejor garantía tanto de la veracidad de lo que afirmemos como de su utilidad práctica.

Si toda la Teología, a mi entender, debe conducir armónicamente al conocimiento de la Verdad divina y al afianzamiento de la santidad personal, mucho más aquella parte de esta ciencia que estudia expresamente la santidad cristiana, y que solemos denominar Teología espiritual; y si los santos proporcionan luces decisivas para toda buena reflexión teológica, en Teología espiritual se hacen imprescindibles.

Como última consideración introductoria, no debemos olvidar que estamos ante el principal misterio de nuestra fe (Dios mismo), contemplado desde unas experiencias espirituales que, a su vez, esconden otro misterio de fe: el de la vida divina en el interior del alma cristiana. Hay, por tanto, mucho más en esas realidades —infinita-

⁹ Para un primer acercamiento a las santas y santos que iré citando, a sus obras escritas y a su enseñanza, me permito remitir a mi propio manual: Sesé, J., *Historia de la espiritualidad*, Pamplona, Eunsa, 2^o ed., 2008; con la bibliografía allí recogida.

mente más— de lo que aquí se pueda decir, y en la misma experiencia de esos santos y santas hay mucha más riqueza de la que la Teología haya podido extraer hasta ahora. Por eso, cada afirmación que aquí se propone abre nuevos y amplios panoramas de reflexión... ¡y de vida! Pero este es precisamente uno de los grandes alicientes de la ciencia teológica, y de la Teología espiritual en particular: es inagotable, inabarcable:

«Tú, Trinidad eterna, eres un mar profundo, donde cuanto más me sumerjo, más encuentro, y cuanto más encuentro, más te busco. Eres insaciable, pues llenándose el alma en tu abismo, no se sacia, porque siempre queda hambre de ti, Trinidad eterna, deseando verte con luz en tu luz»¹⁰.

¹⁰ Santa Catalina de Siena, *El Diálogo*, n. 167.